

## LOS NUEVOS RUMBOS ARABES SEGUN LA «CARTA DE TRIPOLI»

Después de que el fallecimiento del presidente egipcio, Gamal Abdel Nasser, cerró efectivamente una etapa entera, tanto en la historia común de los países de expresión árabe como en la evolución general de los problemas del Próximo Oriente, se notó que indudablemente iban a producirse cambios y reajustes. Esto ha tenido lugar, efectivamente; aunque no en el sentido que se suponía, sino en otro muy diferente. Los más abundantes pronósticos (sobre todos aquellos que se hicieron desde fuera del conjunto de los países y los pueblos arábigos) giraban en torno a la convicción de que la parte principal de la labor de Nasser, había tenido un sello, un impulso, y un estilo netamente personales; y que (incluso respetando los principios formulados por el jefe desaparecido) habría que proceder a reajustes totalmente nuevos. Pero la realidad ha sido que los reajustes se han iniciado y se siguen desarrollando, en el sentido de completar y terminar el mayor número posible de las cosas que Nasser había iniciado. Dentro de Egipto, este empeño ha destacado respecto a todos los aspectos de planes agrícolas, industriales, sociales, culturales, administrativos, políticos, etc. Y en lo interarábigo, igual que en lo internacional propiamente dicho, la continuación de las trayectorias tiene como mayor acontecimiento el de afianzamiento y desarrollo de la unión *tripartita* entre Egipto, el Sudán y Libia.

El anuncio que se hizo el 9 de noviembre, en El Cairo, de que los tres países habían acordado «federarse progresivamente», produjo enorme sensación, sobre todo en el extranjero. Algún órgano de prensa británica escribió que acababa de surgir un nuevo «super-Estado» federal; cuya superficie excedía a la de Europa Occidental. Hubo también comentaristas que se aventuraron a decir que desde El Cairo se trataba de crear «un imperio». Todas aquellas informaciones eran desde luego exageradas.

Por lo pronto las líneas esenciales de una coordinación estrecha y especial

entre los tres regímenes de El Cairo, Jartum y Trípoli, se marcaron ya en diciembre de 1969 por medio de la Conferencia especial que en Trípoli celebraron (con carácter de «pequeña cumbre») los tres presidentes Gamal Abdel Nasser, Gaafar Al Numeiry y Moamer Al Kazafi. Su reunión fue una consecuencia de que la quinta «cumbre» general que había tenido lugar poco antes en Rabat, con asistencia de los catorce Estados de la Liga Árabe, había sido en cierto modo un fracaso; por las discrepancias y las indecisiones. Entonces los tres países que habían hablado en Rabat más radicalmente, decidieron actuar por su cuenta. Resultado de ello fueron las conversaciones de Trípoli; y otras complementarias de las cuales salió un acuerdo general que fue después llamado *Carta de Trípoli*. En ella se proclamaba que la RAU, Sudán y Libia creaban «un frente árabe revolucionario» para «aunar todos sus recursos y todas sus posibilidades». Además se acordó concertar reuniones periódicas entre los tres jefes de Estado y crear unos comités conjuntos de coordinación por etapas.

En mayo, con motivo de celebrarse el primer aniversario de la implantación del régimen militar sudanés actual, hubo en Jartum grandes fiestas; y al mismo tiempo se celebró allí otra reunión de los tres presidentes, confirmando la de Trípoli y preparando las siguientes. Otro hecho saliente dentro del mismo mayo fue el de que en Trípoli se promulgase una resolución disponiendo que los días de las fiestas nacionales de Egipto y el Sudán, serán también considerados como fiestas nacionales de Libia.

La más reciente reunión tripartita celebrada en El Cairo, en la primera decena de noviembre, respondió a las formas evolutivas y pausadas ya iniciadas desde los comienzos en Trípoli. Aunque acentuando deliberadamente sus enfoques sobre lo político internacional e interarábigo... Respecto a ambos aspectos es necesario tener en cuenta que la primera reunión de los tres presidentes Sadát, Numeiry y Kazafi, tuvo lugar en la noche del martes, 3; o sea, un día antes de que la Asamblea General de las Naciones Unidas votase su resolución referente al problema del Cercano Oriente.

En las formas de las conversaciones de El Cairo, tanto como el texto del comunicado común que se facilitó al final, se tuvo cuidado de precisar los matices del nuevo paso que se daba en el camino de la integración. No se dijo que se iba a crear una nueva República Árabe Unida como un super-Estado; sino que sólo se habló de intensificar los organismos y las medidas

para llegar por etapas a una federación completa. Por lo pronto se irá preparando cuidadosamente por medio de cinco organismos. Primero, un mando *tripartito* unificado, encargado de desarrollar y ayudar la complementariedad entre los tres países. Segundo, una comisión superior de planificación; incluyendo representantes del partido único egipcio de la Unión Socialista Árabe, y de los consejos de los mandos revolucionarios en Sudán y Libia. Tercero, un Consejo de Seguridad. Cuarto, una comisión de coordinación. Quinto, varias subcomisiones para los diversos sectores de actividad.

Como cometido principal de la futura integración *tripartita*, los comentarios oficiales y oficiosos insistieron en que el propósito ideal era cumplir un deseo del presidente Abdel Nasser, el cual había indicado en su testamento político, ese empeñado deseo de ver a Egipto, Libia y Sudán articulados por lazos permanentes. Por otra parte los presidentes Sadat, Numeiry y Kazafi sentían la necesidad de desmentir los rumores que al morir Nasser circularon en diversos países, de que el movimiento panarábigo iba a desaparecer o apagarse. Los tres jefes de Estado del pacto de Trípoli han puesto por eso gran énfasis al declararse continuadores.

El mismo deseo de que no se pierda el principio de continuidad establecido, ha sido el que ha hecho ir diluyendo y estirando el establecimiento de una unidad o de un federalismo, a través de una serie de pasos muy medidos y por medio de los cinco organismos establecidos. Se trata de evitar los inconvenientes que se produjeron cuando se unieron Egipto y Siria, en la primera R. A. U. El fracaso fue porque entonces se dio primacía a lo político-institucional. Pero ahora la preferencia es hacia el escalonamiento de los procedimientos prácticos en resultados parciales. Se busca la flexibilidad más que el efectismo.

En los diarios de lengua francesa publicados en El Cairo (los cuáles constituyen un sector bastante objetivo de observación e información directa) se ha escrito lo siguiente sobre el acuerdo *tripartito* del 9 de noviembre:

«El estilo es el hombre, y cada jefe responsable tiene el suyo. Pero las ideas, las aspiraciones, y las directivas siguen siendo las mismas (después de Nasser). No hay un solo Estado árabe con centralización de poderes; pero existe una *Nación Árabe* como conjunto de pueblos cuyos miembros están próximos unos de otros, y que deben actuar juntos cuando estén en juego intereses comunes. Egipto, Sudán y Libia forman una asociación; pero no pretenden formar un bloque cerrado sobre sí mismo. Quieren que su

asociación sea una especie de bien colectivo; pero abierto a todas las otras corrientes presente en todos los problemas de los otros, y deseoso de una justa igualdad de derechos y deberes».

Estas afirmaciones de dirección y acción común a la misma altura, fueron también las que en noviembre se reflejaron en el empeño de subrayar que quedaba abierta la posibilidad de unirse al pacto inicial de la Carta de Trípoli, para cualquier otro país que decida hacerlo. Fue una proposición que en la última semana de diciembre recogieron los gobernantes que en Siria se habían apoderado de todo el poder, después del golpe de Estado dado en Damasco el 13 de noviembre.

Cuando el teniente general Hafez Assad, anterior ministro de Defensa, se hizo además presidente del Consejo después de haber destituido detenido y encarcelado al anterior presidente de la República de Siria y otros catorce gobernantes; marcó una clara orientación de acercamiento a El Cairo. Fue muy importante el hecho de que el presidente sirio, coronel Kazafi realizase inmediatamente un viaje sorpresa a Damasco para informarse directamente sobre la verdad de sus cambios políticos. Kazafi declaró que en Siria no se había puesto en peligro la unidad nacional; y esto se consideró como una franca expresión de apoyo por parte de «los cuatro de El Cairo».

El 22 del mismo noviembre, el ministro de Defensa de la RAU, general Mohammed Fauzi, conferenció en Damasco con los dirigentes sirios sobre las posibilidades de reforzar el frente oriental de defensa ante Israel. Después el propio teniente general Hafez Assad se trasladó a El Cairo, donde el día 27 afirmó su conformidad con una posible agregación de Siria a la Carta de Trípoli.

En aquel momento pudo hacerse una primera revisión de impresiones exteriores respecto a las posibilidades de que el nuevo sistema de coordinaciones estatales iniciado en El Cairo pudiese significar una revisión y hasta una rectificación de todas las doctrinas panarabistas actuales; e incluso podría determinar un nuevo enfoque de todos los problemas del Próximo Oriente. Tales perspectivas parecen por ahora algo exageradas, o al menos prematuras. Entre tanto, se exponen a la vez factores positivos y negativos.

Entre los primeros se cita la declaración hecha por Numeiry al volver a su país, de que el acuerdo *tripartito* de El Cairo tenía sus mejores resultados en «facilitar la fusión de todas las fuerzas progresistas árabes». Y también se ha citado como una de las primeras realizaciones concretas de mejoras prác-

ticas para los pueblos adheridos, el congreso de ministros del Trabajo de la RAU, Libia y Sudán convocado en Jartúm para el mes de enero.

Entre los factores negativos destaca el de que hace más de diez años que entre los Estados árabigos del Próximo Oriente se proyectan, se declaran, se establecen, y luego se deshacen diversos planes de uniones y federaciones basadas en textos sonoros, pero poco sólidos. Y se ha dicho que el exceso del «culto al verbo» es el mayor inconveniente de un Oriente en el cual triunfan sobre todo los discursos y las proclamas. Por otra parte tanto los factores positivos como los negativos quedan supeditados a otros aspectos de mayor importancia, que son los de algunas contradicciones entre las necesidades de la aceleración y las de la adecuación. Los primeros se refieren a que si la unión *tripartita* inicial acordada en Trípoli y reforzada en El Cairo, ha de cumplir su propósito teórico de estimular una mayor vinculación entre aquellos Estados árabigos que se califican a sí mismos como «progresistas», tiene que hacer ver que se dispone a acelerar sus impulsos en todos los terrenos (particularmente en el militar). Pero las experiencias de varios anteriores fracasos (desde el de la Unión egipcio-siria de 1958-1961) aconseja ir por pasos lentos y muy medidos en cualquier otra agrupación pluri-estatal. Incluso por la actual existencia de diversos problemas internos que en varios países no son sólo de circunstancias, sino de fundamentos.

El mayor sector de estos problemas y de las contradicciones es ahora el del Sudán. Ante todo el 16 de noviembre tres altos jefes militares que formaban parte del Consejo de la Revolución, y además desempeñaban carteras ministeriales, fueron destituidos y privados de todas sus funciones civiles y castrenses. Los tres eran simpatizantes respecto a las tendencias del partido «comunista, autónomo», sudanés, cuyo jefe, Abdeljaleq Mahyub, fue detenido. Después hubo cierto revuelo aprovechado para que en Jartum se declarasen hostiles al régimen izquierdista de Gaafar Numeiry los estudiantes universitarios; entre los cuales abundan los partidarios de los movimientos netamente islámicos que fueron disueltos y perseguidos por el golpe de Estado de Numeiry. Además en las tres provincias meridionales del Sudán ecuatorial, continúa la represión militar de las tropas del gobierno central contra las masas de los habitantes regionales (que son casi tres millones y medio). Así recientemente el ministro de Defensa en Jartum, declaró que las fuerzas armadas habían destruido tres bases de guerrilleros separatistas y apresado a un alemán que era jefe de mercenarios.

Tanto las dificultades políticas como las territoriales, y otros problemas derivados de lentitudes en la economía y el subdesarrollo, hicieron también que en las conversaciones de El Cairo los miembros de la delegación sudanesa insistieron para que la proyectada vinculación de su país con Egipto y Libia se hiciese gradualmente, y no a plazo breve. Tampoco se mostraron deseosos de que en el texto del comunicado final figurase la palabra «federación».

En cambio la delegación de Libia pidió en El Cairo que se llegase a la fusión y unificación de las representaciones diplomáticas de los tres países; la fundación de una organización popular política única (un partido único); el establecimiento de una Secretaría permanente de asuntos interestatales; y la fijación de un plazo máximo de tres años para que la unión *tripartita* entrase en vigor. Los libios no consiguieron que se adoptasen medidas tan radicales; pero siguen representando el impulso más fuerte e impaciente, gracias sobre todo al temperamento y la acción de su joven jefe de Estado, el coronel Moamer Al Kazafi.

Entre Jartúmi y Trípoli, puede decirse que El Cairo representa ahora no sólo un punto medio de equilibrio y un fiel de balanza; sino un sector de mayor responsabilidad. En realidad la República Árabe Unida tiene mayor desgaste actual; un gran sector de terreno arrebatado en el Sinaí desde la ocupación israelí de junio de 1967; una mayor presión demográfica de sus masas de habitantes; mayores exigencias de dinero por sus planificaciones; pero también mayores reservas en todas clases de futuros recursos. Sin olvidar la revisión total de las trayectorias de esfuerzos que inició Gamal Abdel Nasser. El actual presidente de la República de la RAU, Anuar Al Sadát, en el congreso popular que tuvo lugar al cumplirse los cuarenta días desde el fallecimiento de Gamal Abdel Nasser, exaltó y subrayó ese sentido de continuidad en los programas de mejoras y reformas, al decir que la principal obra de Nasser había sido la de «haber despertado a una nación entera, y haberla llevado hacia objetivos y esperanzas que no estaban allí antes... Y no sólo ha abierto la vía, sino que ha trazado la marcha hacia el objetivo».

En este empeño de continuidad y de mantener la línea de los programas que comenzaron desde la revolución de julio de 1952 la presencia de Anuar Al Sadát a la cabecera del Estado egipcio se ha considerado como el factor más positivo. Anuar Al Sadát destacó durante la segunda guerra mundial como organizador de acciones de resistencia contra la ocupación británica, por lo cual fue perseguido e incluso tuvo que dejar el ejército. Junto con

## LOS NUEVOS RUMBOS ÁRABES SEGÚN LA "CARTA DE TRÍPOLI"

Abdel Nasser fue uno de los primeros creadores del núcleo de descontento de los «oficiales libres». En 1950 se reincorporó al Ejército. Después del golpe del 23 de julio, Anuar Al Sadát desde el edificio de la radio difundió la proclama que anunciaba el triunfo de la revolución. Al hacerse Nasser jefe del gobierno y después presidente de la República, Sadát pasó a ir organizando y dirigiendo los principales organismos políticos. Fue Secretario general de la primera Unión Nacional. En 1961 presidió la comisión que estableció el texto de las líneas fundamentales del régimen. Vicepresidente de la república en diciembre de 1964 y desde diciembre de 1969. Encargado de las complicadas relaciones con la URSS. Y siempre activo secundador de Nasser, cuando se trataba de regular a la vez las tendencias de las diversas izquierdas y las derechas, o del «egiptismo» y el «arabismo».

Al quedar en noviembre establecido en firme como presidente de la RAU, Anuar Al Sadát, separó tres cargos que Nasser había acumulado personalmente: o sea, el de jefe del Estado, el de jefe del Gobierno, y el de presidente del partido único de la Unión Socialista Árabe. Anuar Al Sadát quedó en el primero, mientras el segundo pasaba a manos del doctor Mahmud Fauzi, y del tercero se encargaba Abdel Mohsen Abul Nur. La designación del doctor Mahmud Fauzi como presidente del Consejo de ministros tuvo una importancia especial; puesto que desde la revolución de julio de 1952 él había sido el principal consejero de Abdel Nasser en todas las materias de política internacional; como diplomático muy experto y prestigioso. El doctor Mahmud Fauzi al formar su nuevo gabinete, incluyó en él cuatro vicepresidentes en calidad de coordinadores, que además desempeñaban diferentes carteras. Este gobierno ampliado se formó ya en vista a las posibles nuevas funciones que habrá de desempeñar respecto a las nuevas relaciones con Libia y el Sudán.

Una inesperada y al parecer principal acción con la cual se completó el proceso inicial de articulación pluri-estatal derivado de la Carta de Trípoli fue la citada adhesión de Siria al pacto *tripartito*; como resultado del golpe de fuerzas que se dio en Damasco el 13 de noviembre. Su promotor principal general Hafez Assad, después de destituir y detener al anterior presidente de la República, Nureddin el Attasi, y a los otros dirigentes de la rama llamada «extremista» del partido «Baaz» implantó un régimen civil también baazista, pero más moderado aunque bajo control del mando militar. El mismo general Hafez Assad se reservó además la jefatura del gobierno. Ya antes hemos dicho que una vez puestos en marcha los nuevos elementos del

renovado régimen damasquino, el general Hafez Assad conferenció en El Cairo con los gobernantes egipcios y el 27 se mostró de acuerdo con que su país se adhiciese al sistema Egipto-Libia-Sudán. Dicha declaración fue inmediatamente seguida por una proclamación de la unión siria; que fue en el acto anunciada y divulgada por el ministro sudanés de información desde El Cairo.

Con esto el mes de noviembre terminó entre manifestaciones de euforia y satisfacción, no sólo por parte de los dirigentes de los cuatro países coordinados, sino entre la generalidad de los sectores panarabistas del Próximo Oriente. Además en Damasco hubo entusiastas manifestaciones callejeras. En cambio entre los círculos políticos de observadores de cuestiones arábigas en Europa Occidental, produjo cierta extrañeza la rapidez de las conversaciones de Assad en El Cairo, sobre la decisión de incorporación a la unión y otras medidas anexas; parte de las cuales se resolvieron por teléfono (lo cual hacía incluso concebir dudas acerca de la solidez escasa que puede tener esta precipitación). E incluso, dichos círculos europeos evocaron el antecedente de lo poco que duró la primera unión de Egipto con Siria. La prensa árabe de El Cairo contestaba a esas críticas, que la unión de 1958 fue un impulso, y esta de 1970 puede ser el resultado de un proceso de evolución consecuente que se fue iniciando después de la guerra contra Israel en junio de 1967.

Ahora queda como principal incógnita la de Palestina, sobre todo en sus sectores de la política y la población árabe, en la zona de Jordania. Un antecedente importante es el de que Yasser Arafat, presidente de la Organización de Liberación de Palestina (O. L. P.) estuvo presente en la sesión de clausura de la conferencia de El Cairo que el 3 de noviembre acordó el plan de integración progresiva entre la RAU, Sudán y Libia. Posteriormente varios de los principales gobernantes de los países unionistas (como el coronel Kazafi de Libia) han hecho diversas manifestaciones referentes a que continúa la convicción de que los grupos guerrilleros de la «resistencia» palestina siguen siendo considerados como el núcleo más representativo del impulso de patriotismo de acción entre los pueblos árabes. Sin embargo, una de las primeras medidas tomadas cuando el cambio de dirección en Siria, fue «neutralizar» a los elementos de la asociación guerrillera palestinesa de la «Saika», cuyos depósitos de armas quedaron ocupados y retenidos por las tropas sirias. En todo caso es demasiado pronto para intentar hacer pronósticos sobre cuál pueda ser el futuro reajuste de las relaciones entre los guerri-



#### LOS NUEVOS RUMBOS ÁRABES SEGÚN LA "CARTA DE TRÍPOLI"

llos palestinos y los dirigentes de los Estados que quieren ser federados. Parte de la solución puede depender del resultado de la gestión que el rey Hussein de Jordania haga en Francia, Gran Bretaña y Norteamérica, respecto a las cuestiones del «alto el fuego» y las negativas de Israel a acatar las resoluciones de la ONU. Gestiones que Hussein realizará después de haber cambiado impresiones con el presidente de la RAU Anual Al Sadát.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES  
DEPARTMENT OF CHEMISTRY  
5708 SOUTH CAMPUS DRIVE  
CHICAGO, ILLINOIS 60637

RECEIVED